

de la plaza de San Pedro un modelo en madera del obelisco (1). Por el mismo tiempo corrió la voz de que el Papa había instituido una comisión especial para la empresa, que constaba de los cardenales Cesi, Guastavillani, Médicis y Sforza, cuatro altos prelados, entre los cuales el tesorero mayor Benito Giustiniani, algunos conservadores y seis peritos (2). La comisión consultó a arquitectos, ingenieros y matemáticos y no ocultó al Papa las nuevas dificultades. Indicó con energía el peso y tamaño del obelisco y que la empresa no tenía ejemplo. Como el Papa perseveró en su plan, abrióse un concurso, con ocasión del cual se presentaron numerosos proyectos del más diverso género, que defendieron sus autores parte por escrito, parte personalmente con exhibición de modelos (3). Las opiniones fueron muy divergentes. Según las ideas fundamentales pudieron establecerse tres grupos principales: los unos — y éstos eran la mayor parte — opinaban que la traslación del obelisco podía efectuarse sin derribarlo; los otros afirmaban que se le había de derribar y luego se le podría levantar de nuevo; otros a su vez decían que lo mejor sería que el obelisco se bajase en un ángulo de 45°, fuese apoyado y continuase así sostenido para luego ser erigido otra vez enteramente. Fontana estuvo por la bajada, la continuación del sostenimiento y la nueva erección y explicó esto por un modelo ingenioso, en el cual estaban representados el obelisco por plomo, la máquina por madera y las cuerdas por hilos. El cardenal Médicis se declaró por otro plan explicado por el arquitecto Francisco Tri-

(1) \*Hanno eretto una piramide di legno nell'istesso luogo su la piazza di S. Pietro, ove ha da esser condotta e posta quella di marmo [sic], che è dietro la sacrestia dell'istessa chiesa, nella sommità della quale dentro un pallone di metallo stanno rinchiusi le ceneri di Cesare primo imperatore. Avviso de 24 de agosto de 1585, Urb., 1053, p. 380, *Biblioteca Vaticana*. Cf. también la \*relación de Capilupi de 28 de agosto de 1585, *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(2) V. Fontana, *Trasportazione*, I, 5. Esta gran obra es la fuente principal de la exposición que sigue. Cf. además Fulvio-Ferrucci, *Antichità*, 216 s.; Cancellieri, *De secret.*, II, 925, III, 1101, 1115 y láminas 3-5, el cual en la pág. 20 s. enumera aún otros escritores contemporáneos; Hübner, II, 127 s.; Bruner, *Italia*, II, 10 s.; Lanciani, IV, 144 s.; Orbaan, *Sixtine Rome*, 144 s. Nada nuevo ofrecen los escritos de A. Mazzoni (Sisto V e l'innalzamento dell'obelisco Vatic., Roma, 1886) y A. Busiri (*L'obelisco Vatic.*, Roma, 1886).

(3) El dato de Fontana (I, 6), de que se habían presentado proyectos de quinientos arquitectos es tan exagerado como el que en el concurso habían tenido parte ingenieros no sólo de Italia, sino también de Rodas y Grecia. Que la obra aun con nuestra técnica adelantada mediante la ayuda de máquinas de vapor y de electricidad sería difícil, lo hace notar Durm, *Arquitectura del Renacimiento*, Stuttgart, 1903, 46.

baldesi asimismo por medio de un modelo (1); el Papa sin embargo se decidió por el plan de Fontana. La comisión se ajustó a la orden de Sixto V, pero condescendió tanto con los numerosos envidiosos de Fontana, que confió la ejecución a un maestro de más edad, Bartolomé Ammanati, como al más experto (2). Ocho días más tarde habló Sixto V con Fontana sobre el negocio, en cuya ocasión hizo éste resaltar, que propiamente nadie podía ejecutar mejor un plan, que aquel en cuya cabeza había nacido. El Papa halló justa esta observación y puso únicamente en las manos de Fontana tan difícil obra. Esta decisión efectuóse el miércoles, 25 de septiembre de 1585.

Fontana, a quien se dió por auxiliar a su hermano mayor Juan (3), se puso inmediatamente al trabajo e hizo excavar el fundamento en medio de la plaza de San Pedro. Tropezó con una dificultad inesperada, de suerte que no se podía pensar en que el obelisco llegase ya a estar en pie en su nuevo sitio por Navidad, como deseaba el Papa impaciente (4): el terreno abundante en arcilla se mostró muy pantanoso, el agua lo calaba. Por efecto de lo cual hubiéronse de labrar maderos de encina y castaño y unirlos con tablas. Para las piedras metidas dentro se empleó un mortero cuidadosamente preparado con puzolana. En este fundamento se depositaron dos cajitas con medallas de Sixto V.

La primera tarea de Fontana consistió en un cuidadoso reconocimiento del obelisco y en disponer el andamio para elevar la piedra colosal hasta tal punto que pudiese asentarse sobre la rastra de madera. Mostróse que en Roma no se podían adquirir los materiales necesarios para esto. De nuevo intervino Sixto V, otorgando a su arquitecto en 5 de octubre amplios poderes, por razón de los cuales podía apoderarse rápidamente en el Estado de la Iglesia de toda la madera de construcción y de todo el hierro que hubiese, después de su valoración y pagamento. En vista de ello Fontana envió a todas partes sus emisarios. De Foligno hizo venir el cáñamo para

(1) Este dato hasta ahora desconocido lo saco de la \*carta de Capilupi, impresa en el núm. 2 del apéndice de 28 de septiembre de 1585, *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(2) V. Bertolotti en el *Arch. stor. Sicil.*, N. S., IV (1879), 145 s. Cf. también Bertolotti, *Art. in relaz. coi Gonzaga*, Modena, 1885, 22.

(3) V. Bertolotti, *Art. Suizzeri* [Bellinzona, 1886], 12; Hübner, II, 128.

(4) Cf. el \*Avviso de 25 de septiembre de 1585, Urb., 1053, *Biblioteca Vaticana*.

las 44 maromas, que se torcieron en Roma, todas ellas de cien varas de largo. De los bosques de Campo Morto en la Campaña de Roma trajo maderos de encina de tan enorme magnitud, que el transporte de cada uno de ellos exigía un tiro de catorce búfalos. Terracina suministró los tablones y otras maderas fueron aprontadas por Santa Severa. Para labrar los objetos de hierro no bastaron todas las fraguas de Roma; se hubo de acudir a las de Ronciglione y Subiaco. Cuando se acercó la primavera, derribáronse los edificios que se levantaban en las proximidades del obelisco, a fin de que hubiese el lugar necesario para el andamio, que se podía considerar como un castillo formal—así lo llama Fontana en su descripción. El obelisco fué revestido primero de esteras de paja y tablones, y luego de fuertes aros de hierro, se sujetó a él una multitud de poleas de hierro y se pesó exactamente la envoltura y demás mecanismo. Como la resistencia de las maromas gruesas como el brazo y del andamio había de estar en consonancia con el peso del obelisco, Fontana lo había calculado también de un modo ingenioso. Halló que subía a casi un millón de libras romanas. En su descripción explica su procedimiento en muchas páginas en folio. Muestra aquí también en numerosos grabados el andamio para alzar el obelisco derribado, la rastra sobre la cual debía ser conducido, y los 40 cabrestantes que estaban destinados para las maromas a fin de levantar y bajar el coloso (1).

Finalmente después de un trabajo de seis meses estaba todo preparado, de suerte que pudo fijarse la elevación del obelisco para el 30 de abril de 1586. Para contener la multitud de curiosos que se presumía sería grande, se vedó bajo pena de muerte la entrada en el lugar donde se trabajaba, y se tuvo preparada policía para ejecutar al punto esta prohibición (2).

Fontana había hecho todo lo que podía excogitar la prudencia humana, para asegurar el buen éxito de la obra. Con espíritu genuinamente cristiano encomendóla ahora, cuando se acercaba el día decisivo, a la poderosa protección de Dios. Él como todos los que tuvieron parte en la empresa, recibieron el día antes la sagrada comunión. Fuera de esto en la madrugada del 30 de abril hizo decir todavía tres misas del Espíritu Santo.

(1) Fontana, I, 18-20. Dos de las poleas entonces usadas se conservan en el museo nuevo de San Pedro.

(2) Así se explica el origen de la leyenda posterior, de que junto al andamio se habían levantado horcas.

La empresa fué favorecida por el tiempo más magnífico. Amaneció un espléndido día de primavera, y el cielo romano desplegó toda su azul magnificencia. Una gran parte de la población de Roma y muchos forasteros de toda Italia habían afluído a la plaza de San Pedro, todas las ventanas y tejados estaban ocupados por espectadores. En las calles contiguas agitábanse como olas tan grandes muchedumbres, que la guardia suiza y los caballos ligeros a duras penas podían mantener el orden. Para el cardenal Montalto y otros miembros del Sacro Colegio, para el gobernador del Borgo, Miguel Peretti, para la hermana del Papa, Camila Peretti, para la nobleza de Roma y para los embajadores se habían erigido tribunas especiales.

En medio del sitio del trabajo cerrado por barreras estaba preparado para Fontana un asiento elevado, desde el cual podía verlo todo. Él y sus trabajadores rezaron una breve oración, y luego un toque de trompeta dió la señal, a cuyo son los cuarenta cabrestantes se pusieron en movimiento. Reinaba un silencio de muerte, que era sólo interrumpido por las órdenes de Fontana y el crujido y chirrido de las máquinas y del andamio de madera. Con grandísima expectación, sin respirar apenas, seguían todos el nuevo y asombroso espectáculo. Luego al primer tirón se mostró que todo funcionaba admirablemente. Con gozoso pasmo de todos se elevó el enorme coloso de su base, en la que había descansado desde hacía mil quinientos años. A la duodécima tirada estaba levantado dos palmos y tres cuartos, esto es, tanto como era necesario para poder ponerlo sobre una rastra de madera, a fin de arrastrarlo a la plaza de San Pedro.

A las cinco de la tarde quedaba terminado el trabajo. Al punto cañonazos del castillo de San Ángel en señal de regocijo anunciaron el acontecimiento a toda la ciudad. Fontana fué en seguida todavía a sacar los cuatro dados de metal por medio de los cuales el obelisco descansaba sobre su pedestal. Dos de ellos no estaban sujetos; Fontana hizo llevar uno al Papa gozosamente conmovido (1) como primer resultado del trabajo. Los otros dos estaban tan firmemente metidos en la piedra con remaches en forma de cola de golondrina, que se necesitaron cuatro días y cuatro noches para sacarlos. La bola hueca de bronce del remate ya la había hecho quitar Fontana

(1) Cf. la relación de Gritti en Mutinelli, I, 176.

el día anterior. En el examen que hizo de la misma, reconoció lo insostenible de la opinión difundida desde la edad media, de que en ella estaban contenidas las cenizas de César (1); pues la bola no presentaba ninguna abertura y estaba enteramente vacía. En los pequeños agujeros existentes creyó reconocer huellas de balas de los soldados imperiales, los cuales el año 1527 en el saco de Roma habían penetrado en la ciudad por las cercanías del obelisco (2).

El trabajo todavía más difícil de tender en el suelo el empinado coloso de piedra ejecutóse el 7 de mayo asimismo de la mejor manera imaginable. Los romanos estaban llenos de júbilo. En el triunfo Fontana fué acompañado a su morada con tamboriles y trompetas. El Papa se hallaba altamente satisfecho.

Como el lugar donde estaba colocado el obelisco era más alto que la plaza de San Pedro, hubo de erigirse un terraplén (3), sobre el cual el 13 de junio por medio de rodillos se comenzó a transportar el coloso al sitio donde debía levantarse de nuevo. A causa de la entrada del verano se difirió para el otoño esta parte mayor y más difícil de la empresa. Al quedar terminado el fundamento, que constaba de bloques de travertino, se metieron en él, además de la primera piedra con el nombre de Sixto V, no solamente medallas suyas, sino también de San Pío V. Se ve cuán fácilmente el Papa hacía mención de su bienhechor, que fué para él al mismo tiempo un gran modelo.

El curso de la empresa hasta el momento presente había confundido todas las dudas y temores (4). Sixto V no más se había cuidado de las expresiones de este género que de las agudezas picantes de Pasquino (5), pues estaba firmemente persuadido de que Dios bendeciría la obra emprendida por su honra.

Para levantar de nuevo el obelisco hubo de erigirse otra vez

(1) Sobre ésta y otras leyendas, que iban enlazadas con el obelisco, además de Platner, II, 1, 39 s., 157, v. las circunstanciadas comunicaciones de Ersilia Caetani-Lovatelli en Roma, *Rassegna illustr. dell'Esposiz. del 1911*, núm. 5, p. 17 s. V. también De Waal, *El Campo Santo de los alemanes*, 93 s.

(2) El remate se halla ahora en la Sala de los Bronces del Museo Capitolino, donde C. Maes ha sido el primero en identificarlo; v. Romana Tellus, I (1912), 158.

(3) El dibujo en Fontana, I, 22.

(4) Cf. Bremond, Jean de Vivonne, 201; Mutinelli, I, 176.

(5) Sobre esto cf. el \*Avviso de 16 de noviembre de 1585, Urb., 1053, p. 491, *Biblioteca Vaticana*.

un descomunal andamio de madera (1). El Papa persistió en que a pesar del calor del verano se continuasen los trabajos con grandísimo ardor (2). Para la nueva erección fijóse el 10 de septiembre. También aquí aparece nuevamente la idea dominante religiosa que guiaba a Sixto V en la empresa: el 14 de septiembre era la fiesta de la Exaltación de la santa cruz, a la que debía dedicarse el obelisco. Todavía otra circunstancia era juntamente determinante para la elección del día. Juan de Vivonne debía volver a admitir su embajada interrumpida, mientras al mismo tiempo era anunciado el duque de Luxemburgo como embajador de Enrique III para prestar obediencia. Cuando el Papa vió al primero, que al principio se había presentado de incógnito, en una solemnidad en Santa María del Pueblo, nació en él la idea de hacer a los dos representantes de Francia testigos de su triunfo, del triunfo de su fuerza de voluntad y del arrojo y habilidad del arquitecto que había escogido. Por eso el maestro de ceremonias recibió al punto la orden de que, apartándose del uso ordinario, los embajadores hiciesen su entrada no por la Puerta del Pueblo, sino por la Puerta Angélica, que conducía directamente a la plaza de San Pedro (3).

Fontana y sus trabajadores recibieron de nuevo la víspera la sagrada comunión, así como también hicieron decir dos misas en a madrugada del 10 de septiembre. Antes de que fuesen a sus puestos, rezaron todavía una oración especial para que Dios bendijese la obra. Los ojos de todos se dirigieron al andamio. Finalmente Fontana da la señal para empezar. Al punto los 40 cabrestantes son puestos en movimiento por 800 hombres y 140 caballos. Muévase con lentitud el coloso de piedra y se eleva majestuosamente. Hacia mediodía estaba terminada la gran obra en su mitad. Con toda paz tomaron los trabajadores su comida y continuaron luego su trabajo. Entretanto se presentaron los embajadores franceses en la plaza de San Pedro, donde por un rato se juntaron a la inmensa multitud de los espectadores. Muchos de éstos habían renunciado a comer y beber, y perseverado todo el día en sus puestos.

Cincuenta y dos veces hubo de tirarse con las cuerdas, hasta

(1) Dibujo en Fontana, I, 24.

(2) \*Dicesi hora che'l Papa non partirà da Palazzo fin'a tanto che l'obelisco di Cesare non sia eretto sopra la sua base gia al loro luogo collocata che sarà per tutto Agosto lavorandosi a furia intorno a questa impresa. Avviso de 5 de julio de 1586; Urb., 1054, *Biblioteca Vaticana*.

(3) V. Hübner, II, 131 s. y Bremond, loco cit., 202.

que el obelisco con sus misteriosas inscripciones (1), dorado por los rayos del sol poniente, estuvo colocado felizmente sobre su pedestal (2). En este momento se levantó un enorme grito de aclamación de la multitud reunida, con el que pronto se mezclaron los cañonazos de alegría del castillo de San Ángel. Fontana vino a ser el hombre más popular de Roma; todos los trompetas de la ciudad al anochecer dieron una serenata al director de toda la obra coronado de gloria.

Al Papa, que había costeadado con fondos propios los gastos, que subían a 37 975 escudos (3), dieron noticia de la feliz terminación de la empresa las salvas del castillo de San Ángel, cuando viniendo del Quirinal, iba en coche por la Via de los Bancos al Vaticano. Allí debía efectuarse el recibimiento de los embajadores. La satisfacción que sintió Sixto era tan grande como justificada, y la expresó paladinamente. Fontana fué colmado de favores. El Papa le nombró caballero de la espuela de oro y ciudadano romano, le dió una cadena de oro, diez prebendas lauretanas, que le rentaban muchos miles de escudos, y además una pensión de 2000 escudos de los bienes eclesiásticos, que, aunque casado, podía gozar en virtud del privilegio de los caballeros de Loreto. A esto añadió Sixto V todavía otro valioso regalo, cediendo a Fontana el material empleado en los trabajos (4). Más importante todavía fué el crédito que Fontana

(1) M. Mercati en su obra *Degli obelischi di Roma* (Roma, 1589) intentó inútilmente descifrar los jeroglíficos; cf. Volkmann, *La escritura jeroglífica del renacimiento*, Leipzig, 1913, III.

(2) La anécdota repetida aún por Hübner (II, 130) como «histórica», de que súbitamente la máquina de elevación había fallado y el obelisco amenazaba caer, lo que había impedido el marinero Bresca de San Remo con el grito: ¡Acqua alle funi! (¡Agua a las cuerdas!), y que Sixto V por ello había concedido a los Brescas el privilegio de ofrecer a los Papas la palma del domingo de ramos artísticamente tejida, no se menciona en la descripción de Fontana. Sin embargo esto solo no hacía sospechosa la narración; más gravemente pesa el que ni los *Avvisi* ni ningún contemporáneo refiera semejante cosa. Cf. Orbaan, *Sixtine Rome*, 165 y Hülsen en la revista *Roma*, I (1923), 412 s.

(3) No estaban incluidos en ellos los gastos de la cruz del remate, los cuales costó la Cámara Apostólica; v. Fontana, I, 31. Cf. Bertolotti, *Art. Lomb.*, I, 75.

(4) V. la relación de Gritti de 4 de octubre de 1586, en Mutinelli, I, 177, y el *Avviso* en Orbaan, *Avvisi*, 289 s. Un honor especial fué también el que Sixto hiciese colocar en la base más baja del obelisco esta inscripción: *Domenicus Fontana ex pago Milis Novocomensis transtulit et erexit*. Los trabajos no estuvieron enteramente terminados hasta fines de octubre: \**La guglia è finita e netta che fa una bella vista*, notifica A. Malegnani en 1.º de noviembre de 1586, *Ar-*

alcanzó en Roma y con el Papa: el «Caballero del obelisco» (*Cavaliere della guglia*) fué el hombre del día. Sixto V puso en sus manos todas las empresas arquitectónicas (1). Sin embargo dada la multiplicidad de estos trabajos es imposible considerar a Fontana en todas sus partes como arquitecto ejecutor. Era ya una obra casi sobrehumana el que suministrase los planos y dirigiese e inspeccionase en conjunto las empresas. Un fiel auxiliar fué en esto para él su hermano Juan (2). En Fontana el técnico era superior al artista; a su talento organizador han tributado incondicional alabanza aun los críticos más severos (3).

Como ya en la antigüedad, según la relación de Plinio, el transporte del obelisco vaticano a Roma excitó la mayor admiración en todo el mundo civilizado (4), así también ahora su colocación en la plaza de San Pedro. Testigos de ello son las relaciones de los contemporáneos sobre esta hazaña de la ingeniería de entonces (5) y las cartas de los diplomáticos, los cuales en su mayor parte enviaron todavía diseños del mecanismo empleado por Fontana (6). Sumamente grande fué el número de las poesías sobre este asunto, una de las cuales está impresa en forma de obelisco. También Tasso dedicó versos al obelisco. En los diseños y planos gráficos de la ciudad publicados para uso de los extranjeros, así como en las guías de Roma y en las descripciones de viajes representa un gran papel el obelisco, cuyas dimensiones se exageraron todavía (7). La nueva erección del

*chivo Gonzaga de Mantua*. El obelisco estaba rodeado de una balaustrada, como se deduce del fresco del Palacio Máximo (v. la copia en *L'Istituto Massimo*, Roma, 1904, 11) y del de la Biblioteca Vaticana (cf. Pastor, *Sisto V*, tav. 13).

(1) Cf. Baglione, 80.

(2) Cf. *ibid.*, 123 y Thieme, XII, 175, 179.

(3) V. Kallab en el *Anuario de colección histórico-artística de la casa imperial de Austria*, XXVI, 276. Cf. el juicio de Reumont, III, 2, 735.

(4) V. Plinio, *Hist. nat.*, XVI, 201.

(5) V. *Familiaris quaedam epistola G. P. Petro Vallejo e Roma in Hispaniam missa, in qua quid actum sit in translatione obelisci explicatur. Brevis item rerum in hoc primo anno a S. D. N. gestarum enumeratio, Romae, 1586* (hay un ejemplar en la biblioteca pública de Munich). Otros escritos en *Cancelieri*, II Mercato, Roma, 1811, 175.

(6) Cf. la \*relación de Sporeno de 19 de julio de 1586, *Archivo del Gobierno provincial de Innsbruck*. Sporeno envió probablemente el gran grabado en cobre de Bonifacio de Sebenico.

(7) Cf. Lanciani, IV, 147 y Orbaan, *Sixtine Rome*, 166 s. V. también Hülsen en las *Collect. I. Olschi oblata* (1921), 137. Numerosas poesías publicó P. Galesino con el título *Obeliscus Vaticanus Sixti V*, Roma, 1586-87. V. además J. B. Aguilar, *Epigrammata in dedicat. Obelisci Vatic.*, Romae, 1586; *Epigram-*

coloso de piedra unida con tan grandes dificultades se tuvo por tan importante, que se perpetuó no sólo con medallas, sino también con un fresco en la Biblioteca Vaticana (1). Junto con una poesía de Pompeyo Ugonio (2) merece especial mención un pequeño escrito de Pedro Ángel Bargeo (3). En éste elógiase con palabras entusiasmadas la energía y circunspección de la cabeza suprema de la Iglesia en quitar todo aquello que recordaba aún el tiempo pagano. En oposición al culto que había promovido el Renacimiento con la erección de estatuas antiguas, pone Bargeo ante los ojos el proceder del Papa como alto ejemplo de emulación. Esta alabanza se refería a la solemnidad celebrada el 26 de septiembre, a la que se dió comienzo con una misa que dijo el obispo Ferratini en San Pedro a honra de la santa Cruz. Después de ésta el Papa con todo el clero de la iglesia de San Pedro se dirigió en solemne procesión a un altar levantado de intento ante el obelisco, donde Ferratini bendijo la gran cruz de bronce dorado que según la ordenación de Sixto V debía coronar el remate del obelisco. Siguióse después la celebración de un rito que parecía necesario, porque el obelisco había servido para el culto del emperador pagano. Para sustraerlo a todas las influencias diabólicas, procedióse ahora a purificarlo y exorcizarlo. A fin de indicar para qué había de servir en adelante el obelisco, elevóse después al canto de los himnos «O crux, ave spes unica» y «Vexilla regis prodeunt» la cruz que debía coronar la cima en vez de la bola de bronce. La concesión de una indulgencia y un *tedéum* pusieron fin a las ceremonias, después de las cuales los suizos dispararon sus arcabuces, mientras los cañones del castillo de San Ángel contribuían,

mata Gugl. *Blanci in obeliscum, Romae, 1586*; *Poemata ad Sixtum V, Parisiis 1588*. Sobre la fama universal del obelisco v. especialmente las *Deliciae urbis Romae, Aug. Vindel. 1600*. Sobre los planos de la ciudad cf. Hülsen, *Saggio di bibliografia d. piante di Roma, Roma, 1915, 18 s.* Entre las guías de Roma la más difundida fué la de fray Santos de San Agustín: *Le cose maravigliose dell' alma città di Roma col movimento delle Guglie e gli Acquedotti, le strade fatte da Sisto V e le chiese rappresentate in disegno da Girolamo Francino, Venezia, 1588 y Roma, 1595*, que se tradujo también al español. Las cosas maravillosas de la S. Ciudad de Roma etc., Roma, 1589. Cf. también los *Viajes de S. Kiechel*, editados por Hassler, Stuttgart, 1866, 167 s.

(1) Las medallas en Bonanni, I, 412 s. Cf. Frey, *Estudios de Miguel Ángel, 118*. Reproducción del fresco en el artículo de Ersilia Caetani-Lovatelli, p. 18, citado arriba, p. 212, nota 1, y en Pastor, Sisto V, tav. 12.

(2) De cruce obelisci Vaticani, Romae, 1587.

(3) *Commentarius de obelisco, Romae, 1586*. Cf. *Nuevo anuario de la antigüedad clásica, II, 50 s.*

con sus estampidos a la general alegría. Un decreto de Sixto V otorgó una indulgencia especial a todos los que tributasen veneración a esta cruz y rogasen por la Iglesia y el Papa (1).

Quizá todavía más claramente que por esta solemnidad prescrita con todos sus pormenores por el mismo Sixto V (2) se caracteriza su intento al erigir el obelisco vaticano por las magistrales inscripciones que hizo colocar en el pedestal de granito. Estas inscripciones, que son del número de las más magníficas de la Roma cristiana, refiérense todas al signo de la redención, que sobre el escudo de Sixto V, los tres montes y la estrella, corona la cima (3). En el fuste del obelisco (4), hizo dejar el Papa la antigua inscripción, por la cual Calígula había dedicado el monumento a sus predecesores imperiales, «el divino Augusto» y «el divino Tiberio» (5). Pero sobre ella en el lado que mira a San Pedro, mandó grabar con grandes letras de oro visibles desde lejos, que él había arrebatado el obelisco a estos emperadores y dedicádolo a la santísima Cruz (6). La misma idea del vencimiento del paganismo por el cristianismo se expresa de nuevo por las inscripciones que hay en el pedestal inferior del zócalo. En el lado norte y sur se anuncia en breves palabras la traslación hecha por Sixto V y la mejor y más feliz consagración del monumento dedicado en otro tiempo al culto pagano, y ahora purificado de toda impura superstición en el segundo año de su pontificado. En este lado se leen estas hermosas palabras:

¡Mirad a la cruz del Señor!  
¡Atrás, potestades enemigas!  
¡Ha vencido el León de la tribu de Judá!

(1) Además de Fontana, I, 28<sup>b</sup> s., v. P. Galesino, *Ordo dedicationis obelisci etc., Romae, 1586*, la relación del rector del Colegio Germánico, M. Loredano, en la *Revista trimestral romana, 1897, 461 s.*, el \**Diarium P. Alaleonis, Biblioteca Vaticana*, y el \*diario de un familiar del cardenal Aldobrandini en Borghese, IV, 145, *Archivo secreto pontificio*.

(2) En el \**Diarium P. Alaleonis* (loco cit.) está anotado: *Ordo [dedicationis] a Pontifice visus, correctus et approbatus*.

(3) Cf. la colección de poesías de J. Fr. Bordini dedicada a Sixto V, p. 19.

(4) El fuste se levanta sobre cuatro dados ocultos por otros tantos leones de bronce. Los modelos para los leones, que se refieren igualmente al escudo de Sixto V, fueron trazados según Baglione (40) por Próspero Bresciano. Cf. Orbaan, *Conti di Fontana, VIII, 65 s.*

(5) V. *Corpus inscript. lat., VI, n. 882*.

(6) Estas inscripciones y las que siguen se hallan ya en Fontana, I, 31 y luego en casi todas las guías de Roma; en Forcella, XIII, 123 ss. Que las letras eran de oro, dícelo la descripción de Roma publicada por Lanciani en el *Arch. Rom., VI, 495*.